

aquella por consideraciones al gabinete berlinés, ésta por el convencimiento de que desde el momento en que se había negado á imitar á Prusia había mostrado ya de un modo bastante claro su criterio. De manera que la censura se redujo á observaciones oficiosas. Por otra parte, Bismarck no omitió nada para dar al reciente arreglo proporciones muy modestas, manifestando en distintas ocasiones que el rumor público había exagerado mucho los efectivos puestos en pie de guerra para guardar la frontera, que los rusos sólo podrían penetrar en territorio prusiano inmediatamente después de algún conflicto con los insurrectos, y que los prusianos no podían avanzar dentro del territorio ruso más allá de una jornada de marcha.

En el entretanto, la insurrección se alejaba del gran ducado de Posen y parecía concentrarse más bien en los distritos meridionales del reino de Polonia. El tratado no había sido aún ratificado, y estaba redactado de tal suerte que cualquiera de las partes podía desistir de él en todo tiempo. En estas circunstancias, el gobierno de San Petersburgo tuvo á bien renunciar al beneficio de las estipulaciones pactadas; y ya nadie se ocupó del convenio ruso-prusiano, ó si alguien se ocupó de él fué con cierto acento de burla, como de una cosa que había sido exagerada. Sin embargo, ese incidente, que sólo despertó en los contemporáneos una atención pasajera, preséntase hoy á nuestros ojos con marcado relieve. Desde el comienzo de las complicaciones polacas, Bismarck, fija su mirada más en el porvenir que en el presente, habíase puesto resueltamente al lado del zar, y aunque el acto por el cual se había manifestado esta buena voluntad tenía escasa importancia, ¿qué significaba el valor intrínseco de la ayuda? Aunque el celo del gobierno de Berlín pareciera en un principio algo indiscreto y un tanto excesivo, más adelante San Petersburgo se acordaría con agradecimiento infinito de aquel amigo servicial que se había aproximado á Rusia en el instante mismo en que todo el mundo iba á apartarse de ella. Mediante esta hábil iniciativa el jefe del gabinete prusiano había plantado su primer jalón, y si nuestros padres pudieron dar al olvido el modesto, el insignificante tratado de 8 de febrero, nuestra generación tiene motivos sobrados para recordarlo.

III

La renuncia á combatir el *Tratado prusiano* no significaba la supresión de la cuestión polaca. A pretexto de aquel convenio, habíase librado una primera escaramuza, y al través de la censura á Prusia hubiera podido verse una queja, tímida todavía, que se formulaba en Berlín para que su eco llegara hasta San Petersburgo. A aquella escaramuza iba á seguir un verdadero combate, combate de plumas, pero muy acerado, que si desgraciadamente era impotente para salvar la Polonia, había de ser, en cambio, muy eficaz para trastornar todas las alianzas bosquejadas ó ya establecidas, y para hacer posible lo que Europa había de ver más adelante.

No es temerario afirmar que las primeras agitaciones de Varsovia habían causado hondo disgusto en las Tullerías: Francia, protectora tradicional de la nación vencida, había llegado á ser por interés y por inclinación

la aliada de la nación vencedora. Las reñidas batallas de Sebastopol, en vez de establecer una separación entre los combatientes, habían creado entre ellos vínculos de mutua estimación, que no tardaron en engendrar la simpatía. Los dos gabinetes de París y de San Petersburgo habíanse acostumbrado desde 1856 á proceder de común acuerdo, y esta inteligencia habíase manifestado en la época de la guerra de Italia y luego en la cuestión de los Principados danubianos y en todos los incidentes pequeños de los asuntos de Oriente. Pero Napoleón III, aun en medio de esta transformación de su política, era demasiado generoso y demasiado humanitario y tenía en demasiada estima la opinión de su país para olvidar á Polonia; sólo que en lugar de hacer público su apoyo, habíase dedicado á disimularlo, y dentro de este criterio había consentido que en el Congreso de París no se hablara de la cuestión polaca. Posteriormente, cuando la coronación de Alejandro, había formulado algunas observaciones por conducto del Sr. de Morny, y al año siguiente habíase aprovechado de la entrevista de Stuttgart para aventurar personalmente algunas advertencias; pero aquellos consejos, velados bajo apariencias de halago ó bajo protestas de amistad, habían dado pocos frutos, porque en todo lo concerniente á Polonia, Rusia fingía irritarse, cuando de ello se hablaba en voz demasiado alta, y aparentaba no oír cuando se hablaba en tono demasiado bajo. Puestas en este terreno las relaciones franco-rusas, las primeras manifestaciones patrióticas de 1861 habían parecido en extremo desastrosas, porque colocaban á nuestro gobierno en una situación sumamente perpleja entre antiguos recuerdos que habría sido poco digno rechazar, y una nueva alianza oportuna que comenzaba á solidarse. El protector, para salir de apuros, predicó á su antiguo cliente la calma y la paciencia, y á fin de justificarse á sus propios ojos, invocó el interés de Francia que, después de todo, valía tanto como el interés de Polonia, y aun la conveniencia de Polonia misma, que nada ganaría con la agitación. El día 23 de abril el *Monitor* publicó una nota que «desahuciaba esperanzas tal vez imposibles de conservar,» y contenía, aunque velada por triviales simpatías, la más rotunda negativa de cooperación; y á esta declaración amoldóse generalmente el lenguaje de la prensa oficiosa. De todos los personajes oficiales, sólo uno abandonó un poco esta reserva, el Sr. Duruy, entonces inspector general de la Universidad, quien en agosto de 1861, con motivo del reparto de premios de la *Escuela polaca*, se expresó en estos términos: «Los pueblos inmolados quieren renacer; Polonia resucita.» Mas ¿podía acaso negarse este débil consuelo á unos niños privados de su familia y de su patria? Sin embargo, el sentimiento público se manifestó con cierta energía cuando menudearon las manifestaciones y aumentó el rigor de la represión: «No tenemos valor, escribía el *Journal des Débats* (25 de octubre de 1861), para recomendar prudencia á aquellos á quienes desde hace tanto tiempo se oprime.» Aun en medio de la emoción creciente, el gobierno no cesó de predicar «esa prudencia» que fuera de Francia parecía irrisoria, y se mostró impasible, casi indiferente, hacia la nación vencida, la *nación de luto*, como la llamaba Montalembert. Durante todo el año 1862, nuestro gobierno no se apartó un punto de esta línea de

conducta, y habiendo sido acreditado en París un nuevo embajador ruso, el Sr. de Budberg, Napoleón puso empeño en recalcar con palabras de singular benevolencia la intimidad subsistente entre ambos pueblos: «No tengo motivos más que para felicitar, dijo, de las relaciones que desde hace seis años existen entre el emperador de Rusia y yo, relaciones cuya duración es tanto más probable cuanto que han nacido de una simpatía mutua y de los verdaderos intereses de ambos imperios... He podido, en efecto, apreciar la elevación de espíritu y la rectitud de corazón de vuestro soberano y le he consagrado la adhesión más sincera.»

En tales circunstancias había llegado á Francia la noticia de la razzia disfrazada con el nombre de reclutamiento; y por muy odiosa que fuera aquella medida, el gobierno contuvo su reprobación. En 5 de febrero de 1863, un diputado formuló, con ocasión del Mensaje, un voto en favor de la desdichada Polonia, á lo que el Sr. Billault replicó en términos severos, aunque severos tan sólo para los polacos, negándose á «dar con vanas palabras pasto falaz á pasiones de insurrección,» y añadiendo: «Somos demasiado celosos de la dignidad de Francia para consentir que se repitan durante quince años en un *mensaje* protestas inútiles.» Observóse en aquella época que los periódicos oficiosos publicaban artículos hostiles, pero sólo contra Prusia, pues claramente se veía que se respetaba á Rusia, y si se quería hacer llegar hasta ella algunas verdades desagradables, la censura tomaba un camino oblicuo y se apuntaba al rey Guillermo para que los tiros hicieran blanco en el zar. Tal sucedió después del *Tratado de 8 de febrero*: los despachos del ministro de Negocios extranjeros al Sr. de Montebello estaban redactados en términos cuidadosamente mesurados, y en ellos se invitaba á nuestro embajador en San Petersburgo á recomendar una política de progreso, de conciliación, de calma, aunque sin dar á entender que aquellos consejos pudieran ser el prelude de recomendaciones menos cordiales, pues eran, por el contrario, observaciones de un amigo, de un amigo contristado, pero obstinadamente confiado y que temía ante todo molestar ó ser importuno.

Las primeras palabras acerbas partieron de Londres. Inglaterra no se interesaba más que nosotros por la suerte de la víctima, pero sus relaciones con los dominadores eran menos amistosas; y además á lord John Russell no le preocupaba la cortesía diplomática que tanto gustaba al Sr. Drouyn de Lhuys, sino que, á fuer de buen pedagogo, agradábale convertir en lección cada uno de sus despachos, y de dos fórmulas escogía instintivamente la más desagradable. Finalmente, en el *Foreign Office* se acariciaba un plan de una astucia asaz refinada: la creciente intimidad entre Rusia y Francia había excitado durante aquellos últimos años y en distintas ocasiones un despecho profundo; ahora bien, excitando al emperador para que interviniera resueltamente en la cuestión polaca, había grandes probabilidades de destruir los cimientos de aquella alianza, y si no se salvaba á Polonia, por lo menos se comprometería al vecino de Ultra-Mancha y de todos modos no se habría trabajado en balde. En cuanto se tuvo la primera noticia de la insurrección, la prensa británica mostróse irritadísima, y habiendo sido llevado el asunto al

Parlamento, lord John Russell estuvo tan poco comedido en sus palabras como sobrio de las suyas había estado el Sr. Billault. El día 2 de marzo, en un despacho á lord Napier, formuló los deseos de su gobierno, declarando vigorosamente aquello mismo que los diplomáticos franceses apenas se atrevían á insinuar. Lord Russell proclamaba, en efecto, el derecho de ingerencia de Europa, fundado en los tratados de 1815 que habían prometido á Polonia una existencia autónoma; y partiendo de este principio, pedía una amnistía inmediata y completa y el restablecimiento de las instituciones constitucionales otorgadas en otro tiempo por Alejandro I, con lo cual quedarían satisfechos los polacos y seguramente también la opinión pública. Después de haberse expresado así, el ministro inglés consideró conveniente enlazar fuertemente su acción con la de Francia, y en un despacho oficial de 5 de marzo comunicó sus intenciones al embajador de la reina en París. El jefe del *Foreign-Office* empezaba por hablar desdeñosamente del tratado ruso-prusiano, y una vez despejado de este modo el terreno, planteaba resueltamente en San Petersburgo la controversia que hasta entonces se había sostenido con cierta vaguedad en Berlín: «El gobierno de S. M., decía, es de parecer que las potencias signatarias del tratado de Viena se unan para recordar á Rusia las estipulaciones y la política del mismo (1).»

El día 6 de marzo el Sr. Drouyn de Lhuys vió comparecer en el muelle de Orsay, no á lord Cowley, que se hallaba entonces con licencia, sino al Sr. Grey, uno de los secretarios de la embajada, el cual le comunicó el proyecto de lord Russell de reunir á las potencias en una solemne reunión común. La entrevista no fué larga. «Mañana habrá consejo, replicó fríamente el señor Drouyn de Lhuys sin extenderse en más explicaciones, y tomaré órdenes del emperador.» La proposición británica había de disgustar por muchos conceptos á las Tullerías: en primer lugar, la reclamación había de fundarse en los tratados de 1815 que tan mal sonaban en los oídos del emperador; pero además de esta repugnancia, había de por medio una pequeña consideración de amor propio. En efecto, hacía poco que, á propósito del tratado prusiano, Inglaterra había rechazado sin grandes miramientos el proyecto de *nota idéntica*: ¡cuán lógico parecía, pues, hacer ahora lo mismo con la proposición recibida de Londres! Mas, aun descartados estos motivos secundarios, el plan de lord Russell provocaba tres objeciones principales: la primera se derivaba de la alianza rusa, muy reciente, frágil todavía, y que, dado el estado de Europa, convenía no comprometer. La segunda estaba en la magnitud misma del conflicto: si Rusia rechazaba las reclamaciones, ¿se recurriría á las medidas coercitivas, se llegaría hasta la ruptura, hasta la guerra? Inglaterra rechazaba de antemano estos recursos extremos; pero en tales condiciones, ¿qué interés podía ofrecer la alianza con una potencia que declaraba su voluntad de detenerse á medio camino, en el punto preciso en que Europa encontraría la humillación y Polonia el aumento de sus males? Por último, aun suponiendo que las cosas se llevaran

(1) Véase *Correspondence respecting the insurrection in Poland*, págs. 60, 61 y 67.

tan lejos, ¡qué anarquía (y esta era la tercera objeción) no podría engendrar una guerra aun siendo afortunada! Y además, ¿cuál Polonia se probaría de reconstituir?, ¿la pequeña Polonia del ducado de Varsovia?, ¿la gran Polonia de antes del primer reparto? La desdichada nación había sido de tal modo fraccionada, que había de ser difícil volver á encontrarla en medio de las transformaciones de la Europa central. Convencido de estas dificultades (y preciso es convenir que jamás hubo cuestión más complicada), el gobierno de las Tullerías se limitó á formular una adhesión en términos generales; y como lord Cowley estaba ausente, la conveniencia de esperar su regreso permitía aplazar toda decisión irrevocable. En el entretanto, envióse al duque de Montebello, en 9 de marzo, un nuevo despacho muy lacónico, pero muy apremiante, en el que con palabras amistosas, pero en las cuales se revelaba un principio de inquietud, se suplicaba al gobierno ruso que se apresurara, que se mostrara conciliador, que evitara toda amonestación de Europa. «El gabinete de San Petersburgo, escribía el Sr. Drouyn de Lhuys, comprenderá que en el caso de que las potencias signatarias del tratado de Viena se adhiresen á la proposición de S. M. Británica, no podríamos negarnos en modo alguno á asociarnos á ella. Por consiguiente, si, como esperamos, la corte de Rusia está dispuesta á entrar en la vía de las concesiones, tal vez juzgará oportuno no aguardar esta manifestación y nosotros seríamos los primeros en felicitarla por el uso que hiciera de su iniciativa (1).» Lo que formulaba el Sr. Drouyn de Lhuys repetíalo al señor de Budberg el emperador, quien, aludiendo á las concesiones necesarias, decía: «Es menester saber cortarse un miembro á tiempo.» Pero aún hizo más Napoleón, y fué dirigirse al zar en una carta autógrafa, con la esperanza de que un acto supremo del soberano concedería á Polonia una suerte tolerable y permitiría á Francia conservar su nuevo amigo sin desesperar á su antigua cliente.

El hecho de mantenerse en esta reserva no dejaba de ser meritorio para nuestro gobierno, porque la opinión pública apoyaba cada vez más á Polonia en sus esfuerzos obstinados por reconquistar su independencia. El más brillante testimonio de estas simpatías fueron las peticiones que desde principios de marzo llegaron al Senado y que, sin atreverse á pronunciar la palabra guerra, hablaban «de ayuda, de protesta, de defensa del derecho contra la iniquidad.» La discusión pública comenzó en 17 de marzo de 1863 en el Palacio del Luxemburgo, en medio de una curiosidad muy sobreexcitada: los peticionarios tuvieron entusiastas abogados, como el Sr. Bonjeán, que con emoción comunicativa trazó la historia de la nación infortunada, y el Sr. Poniatowski, que pronunció un discurso muy mediocre, pero cuyo nombre hacía surgir imágenes más brillantes que todas las arengas. Al día siguiente, el príncipe Napoleón, en un lenguaje original lleno de agudezas y como siempre intemperante, defendió la causa del pueblo sublevado. Tenía el príncipe algo del niño travieso que rompe cuanto toca y del chiquillo mal educado que al atacar á sus adversarios compromete alocadamente á sus amigos. En aquella ocasión prevaleció este último carácter,

(1) *Documents diplomatiques*, 1863, pág. 5.

ter, y el augusto orador, cuando ya se disponía á sentarse, destruyó con una sola frase todo cuanto había dicho: «No quiero la guerra, exclamó, pero tampoco quiero la paz.» A esta solución ambigua, extraña, imposible, iban á parar los peticionarios. La amplitud de los debates, la exuberancia de palabras y la categoría de los oradores no permitían, sin embargo, que el gobierno permaneciera silencioso: ante el Cuerpo legislativo hablábase limitado á una declaración seca que cabía en cuatro líneas; ante el Senado, después de tres días de sesión, y sobre todo cuando un príncipe no se había desdenguado de hablar, aquella sobriedad habría sido muy intempestiva. El día 20 de marzo, el Sr. Billault levantóse del banco ministerial y pronunció un discurso en unos puntos de una precisión estudiada y en otros de una vaguedad más estudiada todavía. Con las flores de su elocuencia hizo dos ramilletes: bellissimo, aunque de matices algo melancólicos, el de Polonia; pero más bello que éste el de Alejandro. Distribuidos así los ramos en dos partes, quedaron algunas espinas, que fueron graciosamente ofrecidas á Inglaterra. Su lenguaje, ocupándose de la Gran Bretaña, dejaba comprender, en forma discreta, cuánto repugnaban á Francia las reclamaciones que no tuvieran más objeto que herir sensibilidades. El Senado, asociándose al pensamiento imperial, votó la orden del día por 109 votos contra 17. El emperador, para mejor substraerse á toda solidaridad comprometedora, felicitó en una carta pública al Sr. Billault por su discurso «que estaba absolutamente de acuerdo con su modo de pensar.» «Rechazo, añadía luego, aludiendo de un modo bastante claro á las palabras del príncipe Napoleón, cualquier otra interpretación de mis sentimientos.» En los siguientes días, la prensa oficiosa, sin dejar de hablar de Polonia, se dedicó á celebrar la magnanimidad de Alejandro.

De esta manera el gobierno contenía al país y se contenía á sí mismo en la pendiente de una negociación que podía llevarnos á una humillación amarga ó á una guerra terrible. ¿Quiere esto decir que, en tales circunstancias, Napoleón no entreviera y hasta bosquejara el plan de una conducta más activa? El monarca, frente á frente de la cuestión polaca, se inclinaba ante todo á provocar del gobierno ruso, por medio de una acción puramente oficiosa y amistosa, una concesión soberana que permitiera presentar á Polonia como semi-satisfecha y declarar el incidente terminado; y en el caso de que se viera obligado á abandonar estos procedimientos, le importaría unirse con Viena, no con Londres, en donde sólo conseguiría artículos periodísticos y *meetings*. El emperador, mientras predicaba muy sinceramente la paz, acariciaba, al parecer, otra política muy distinta que tendría su principal punto de apoyo en Austria y que si era grande por sus peligros podría también serlo por sus resultados. Los informes que Napoleón recibía de orillas del Danubio eran más propios para hacerle estar alerta que para desanimarle. En la correspondencia del duque de Gramont encuentro varios despachos que parecen revelar, en aquella época, en los ministros de Francisco José una curiosa disposición á ponerse de acuerdo con Francia; y el Sr. de Rechberg, en sus conferencias con nuestro embajador, no vacilaba en afirmar que Rusia no cedería ante recomendaciones aisladas ni colectivas, y daba además á entender, en tono de

confidencia poco conforme con los hábitos de reserva de la cancillería vienesa, que si Austria consideraba imprudentes las manifestaciones estériles, en cambio podría asociarse á una obra resueltamente acometida y cuyos resultados se definieran y aceptaran de común acuerdo. El día 9 de marzo, el presidente del gabinete vienés abordó, en una nueva conversación, el mismo asunto, y después de haber hablado de una posible inteligencia, añadía: «No debe ocultársenos que el primer paso hacia adelante es la guerra, si no la guerra inmediata, la guerra cierta con todos los sacrificios que trae consigo...; no retrocedemos ante esta eventualidad, pero antes de comprometernos en semejante empresa, se necesita algo más que promesas; es menester un acto, un compromiso.—Queréis decir un tratado, dijo el señor de Gramont, interrumpiéndole.—Sí, un tratado formal en el que se pacten compensaciones.—No me conceptúo, prosiguió el embajador en tono de interrogación, autorizado para considerar vuestro lenguaje como expresión de los pensamientos del emperador Francisco José.—No soy más que el intérprete de mi soberano», repuso gravemente Rechberg. Antes de que el Sr. de Gramont hubiese dado cuenta de aquella entrevista, el príncipe de Metternich, embajador de Austria en París, había partido para Viena. ¿Estaba encargado de alguna negociación concreta? Ningún documento autoriza á afirmarlo; pero está fuera de duda que el objeto principal de su viaje fué conocer los pensamientos más íntimos soberanos para el caso de una demanda de cooperación, no sólo diplomática, sino acaso también militar, que desde París pudiera formularse al Austria. Mas fuese cual fuere el objeto exacto de la misión, el resultado no correspondió á lo que pudieran haber hecho esperar los despachos de nuestro embajador, pues Austria, después de haber escuchado y hasta provocado insinuaciones muy significativas, se volvió atrás. Cuando Europa se alarmaba por el viaje del príncipe y todos los diplomáticos andaban solícitos en torno del Sr. de Rechberg, el jefe del gabinete de Viena apresuróse á negar que hubiese variado en lo más mínimo la política de su emperador, su soberano. «Nuestra política, dijo repetidas veces, no ha experimentado ni experimentará cambio alguno.» Y habiéndole preguntado el embajador de Inglaterra, lord Blomfield, con cierta ansiedad cuáles eran sus intenciones, le respondió: «Suceda lo que suceda, no perderé de vista los intereses de la paz (1).» Austria había sentido demasiado los efectos de la política poco amistosa de Rusia, especialmente en los asuntos de Italia, para no ver con buenos ojos los apuros del zar en el gran ducado de Varsovia; pero como también ella detentaba una parte del antiguo reino, exponíase, si excitaba las llamas demasiado cerca de su territorio, á atraer el incendio á su propio suelo. Existe singular contraste entre la correspondencia del Sr. de Gramont de principios de enero y la de fines de marzo: en esta última pone tanto cuidado en enumerar los síntomas pacíficos como pusiera en aquélla en consignar las palabras casi belicosas, y manifiesta que Austria, después de bien meditado todo, juzgaba que en caso de guerra lo único cierto serían los sacrificios, siendo en

(1) *Correspondence respecting the insurrection in Poland*, página 96.

cambio muy inciertas las compensaciones; y que en caso de obrar, aquella potencia obraría de acuerdo con Francia; pero, por otra parte, aplazaba la hora de la acción (2). El 24 de marzo, el príncipe de Metternich estaba de regreso en París, siendo portador de muy buenas palabras que, sin embargo, no implicaban ninguna promesa especial de colaboración.

En estas negociaciones, llegaron los últimos días de marzo. La situación de Napoleón no dejaba de ser bastante embarazosa: hasta entonces se había dedicado á no sacrificar un ápice de la alianza rusa y á no pedir nada sino en forma de la súplica más respetuosa; pero de paso había concebido, en una forma más ó menos definida, una especie de política solidaria que podría traducirse en medidas coercitivas y exigiría una estrecha inteligencia con Viena. De estas dos combinaciones, la primera ofrecía la ventaja de no comprometer nada; la segunda, que podía comprometerlo todo, tenía su grandiosidad como tenía también sus peligros. Desgraciadamente ambos planes parecían amenazados de igual fracaso. Ya hemos visto que Austria estaba resuelta á detenerse allí donde el riesgo comenzara; y por el lado de San Petersburgo no era mejor el éxito y los afectuosos consejos prodigados por Francia no producían más que un mediano resultado. «El gobierno ruso, decía nuestro ministro de Negocios extranjeros, pone singularmente á prueba nuestra paciencia; cuando formulamos en términos generales los agravios de Varsovia, dice que divagamos, y si los concretamos nos acusa de intervención en sus asuntos.» De esta suerte iba á parar el emperador á la idea inglesa de una gran reclamación oficial. Napoleón había presentado desde luego que tal reclamación sería á la vez molesta é ineficaz, y al adherirse á ella en principio había acariciado la esperanza de que el curso de los acontecimientos, las concesiones del zar ú otra combinación cualquiera la haría inútil; y ahora se encontraba en la alternativa de guardar silencio ó de seguir á lord Russell. Por muchos que fueran los inconvenientes de aquella manifestación comprometedora é incompleta, todo contribuía á empujar hacia ella á Napoleón, porque en aquel entonces llegaba al emperador, á quien se consideraba omnipotente, un doble grito, el de Polonia ensangrentada, que suplicaba que no la olvidaran, y el de la opinión pública, que difícilmente habría perdonado al soberano la indiferencia ó la inercia.

Mientras la diplomacia discutía sus planes, los insurrectos del gran ducado de Varsovia ponían sus esfuerzos á la altura de sus adversidades: los combatientes se multiplicaban y se agurraban por sus mismos sufrimientos, y se agrupaban á las órdenes de jefes oscuros, pero fuertes por su pasión, por su valor y por su desesperación, y que estaban destinados casi todos á morir en los campos de batalla ó en las represalias que seguirían á la lucha. En los combates vencían generalmente los rusos, pero las partidas dispersas se refugiaban en los bosques ó se atrincheraban detrás de los pantanos, y una vez allí volvían á organizarse lo mejor que podían, compensaban sus pérdidas con nuevos alistados, y luego reanudaban la campaña apareciendo repuestos cuando sus enemigos les creían aniquilados. Los rusos, para im-

(2) Despachos de 26 y 31 de marzo (*Correspondance inédite*).

pedir que se formaran nuevas partidas, quisieron crear con los aldeanos una guardería rural que vigilara á los sospechosos y, en caso necesario, los prendiera; pero estos estímulos á la delación no contuvieron el movimiento que llevaba á los vivaques insurrectos, no sólo á las víctimas designadas de la quinta, sino además á toda clase de gentes á quienes ningún peligro personal amenazaba. El mejor organizado de todos aquellos cuerpos era el de Langiewicz, situado cerca de las fronteras de Austria; y habiéndose hecho este caudillo famoso de repente, el Comité nacional anónimo abdicó sus poderes en él, que fué nombrado dictador. Hasta entonces las clases ilustradas habían condenado la sublevación porque consideraban segura la derrota, y además por un resto de confianza en el zar; pero en el mes de marzo los miembros más independientes del Consejo de Estado, y poco después muchos consejeros municipales de Varsovia, presentaron sus dimisiones, y el arzobispo monseñor Felinski, prelado de gran moderación, elevó al zar una súplica ardiente pidiéndole que pusiera término á la efusión de sangre y que hiciera de Polonia una nación independiente unida á Rusia sólo por el vínculo dinástico (1). Tan ilustres testimonios consagraron los agravios de los polacos, y aun aquellos que habían calificado de quiméricas las reclamaciones de éstos, sintieron algo quebrantada su confianza. En el entretanto, Langiewicz, que había penetrado en el territorio austríaco, fué internado en él, y al tener noticia de ello, la prensa rusa anunció el fin próximo de los disturbios; mas sucedió que la insurrección, al perder á su jefe, nada había perdido de su vitalidad; el Comité nacional recobró sus poderes y ninguna partida depuso las armas en toda la extensión del gran ducado. Y aun hubo más, y fué que muchos de los compañeros de Langiewicz internados en Cracovia pudieron escaparse, y después de haber atravesado otra vez la frontera con diversos disfraces, ocuparon nuevamente su puesto de combate (2). «La insurrección puede durar meses», escribía el cónsul inglés, Sr. Stanton (3). En medio del reino tan terriblemente agitado, Varsovia permanecía tranquila, pero con tranquilidad más lúgubre que la misma guerra; y sólo imágenes de duelo se veían en aquel pueblo extremado en todo y que se alimentaba de su dolor como se habría alimentado de su alegría. La ciudad se iba despoblando en provecho del campo y *marchar á los bosques* era la expresión consagrada para designar á los que partían; porque, en efecto, entre los bosques se ocultaban los campamentos de los nuevos *outlaws*. En aquellos campamentos y confundidas con los polacos, había gentes de todas las profesiones y de todas las procedencias, en cuyas almas se mezclaban pasiones de todas clases, revolucionarias, humanitarias ó simplemente pasiones de aventuras: éste venía de los batallones de Garibaldi, y á orillas del Vístula narra las hazañas de los *Mil*; aquél, experto en insurrecciones, había llegado de Londres ansioso de ver una sublevación que en nada se parecía á las que se habían

(1) Véase *Affaires de Pologne*, pág. 43.

(2) Véase la Memoria del Sr. de Mounsey á lord Bloomfield, de 7 de abril (*Correspondence respecting the insurrection in Poland*, pág. 125).

(3) *Correspondence respecting the insurrection in Poland*, página 105.

visto hasta entonces; más allá había grupos de jóvenes, algunos de noble estirpe, mecidos por los grandes recuerdos de la nación vencida y enamorados de la gloria de los combates. Aquellos extranjeros traían consigo sus ensueños y algunos hasta sus detestables proyectos de trastorno cosmopolita, lo que había de permitir á los rusos condenar en junto el movimiento como una conspiración contra el orden europeo. Sin embargo, la fuerza real de la insurrección no estaba en estos elementos extraños, sino en el elemento nacional: en aquellos campamentos aparecían los verdaderos polacos, resistentes al sufrimiento, valerosos ante la muerte; no pretendían ser ni muy lógicos ni muy sabios, y casi con el mismo entusiasmo abrazaban los ritos religiosos que se penetraban de las máximas revolucionarias; pero estas ideas ó estas imágenes no se grababan en su alma ni valían á sus ojos sino en cuanto eran útiles á su rehabilitación, pues en el fondo su pasión única, su verdadera fe, era su patria. En este momento que nos ocupa, un rayo algo menos sombrío rasgaba las tinieblas de su triste suerte; á sus oídos llegaban los rumores de Occidente, y crédulos como todos los desgraciados, no podían persuadirse de que no se les socorrería. Además, con la primavera, que ya se anunciaba, sus trabajos serían menos rudos, sus refugios menos ásperos y menos difícil su subsistencia. Su armamento había mejorado algo, y merced á compras realizadas á precios elevadísimos, y gracias también á la captura de convoyes y á la complicidad de Galicia, al fin habían podido proporcionarse fusiles. Cada día llegaban nuevos reclutas: eran jóvenes, casi niños escapados de las escuelas ó del domicilio paterno; hidalgos que, después de largas incertidumbres, se unían á la insurrección considerada en un principio como insensata ó digna de reprobación, y hasta mujeres ó muchachas á quienes los atractivos del hogar no habían podido contener. En esta situación, algo más sólida, preparáronse aquellos infelices para celebrar la Pascua, que es allí una fiesta nacional tanto como religiosa; y entre dos alarmas, ó dos combates, ó dos peligros, en algún asilo perdido en el fondo de sus bosques, recibieron de manos de sus sacerdotes el Viático, que para la mayoría de ellos había de ser el de la eternidad.

En París seguíanse con ardiente curiosidad los incidentes de la lucha; nadie hacía caso de los despachos moscovitas y todos los boletines parecían sospechosos, exceptuando las correspondencias de los insurrectos que llegaban por la vía de Galitzia. Además de Langiewicz, hubo otros cabecillas célebres cuyos retratos y biografías circularon profusamente; lo único que desesperaba á los franceses era que aquellos nombres, de extrañas consonancias, fuesen de aquellos que nuestra lengua no puede popularizar ni retener. Cuando Langiewicz fué internado en Austria, creyóse que la insurrección quedaba herida de muerte; pero al ver que se reanimaba y aun que se extendía, tomó visos de certeza el rumor de que era mucho más fuerte de lo que se había imaginado y de que podría quedar vencedora mediante un socorro oportuno, aunque sólo fuera moral. Los folletos, los artículos periodísticos y las suscripciones menudearon; y las grandezas y los infortunios de Polonia fueron la comidilla de los círculos, el estremado obligado de los cursos de la Sorbona y un tema de disertación para los niños de los institutos. Si las palabras hubiesen

podido salvar al pobre pueblo, ¡cuán eminente puesto habría ocupado entre las naciones de la tierra! La causa polaca era la única que en aquel entonces tenía conquistadas todas las simpatías: las de los católicos (¿no luchaba acaso por su fe?); las de las almas sensibles á la poesía de las cosas (¿no era la *nación enlutada*?); las de los demócratas (¿no era su constitución uno de los artículos del catecismo republicano?); las de los revolucionarios (¿no figuraban entre sus defensores garibaldinos?); y las de los salones (¿quién no se acordaba de los Czartoryski y de los Zamoisky, esos grandes señores que con tanta altivez habían soportado el destierro?). Lo mismo hablaban *Le Siècle* que *Le Monde*, el clero que la Universidad, la Academia que el arrabal de San Antonio, y ¡cosa extraña, increíble, sin ejemplo desde los comienzos del reinado!, en esta cuestión de Polonia la emperatriz y el príncipe Napoleón eran del mismo parecer.

¿Qué podía hacer el emperador? Su corazón excelente le hacía insoportable la indiferencia, y la opinión pública le suplicaba que se conmoviera y que *hiciera algo*, como había dicho en el Senado el príncipe Napoleón con vagas y ardientes palabras. En vano había apelado á las súplicas á San Petersburgo y bosquejado en Viena un plan de intervención; quedaba el recurso de las reclamaciones oficiales, y lo adoptó sin gran entusiasmo. Era este, como decían, el medio de *hacer algo*; pero este algo, razonable y justo en sí mismo, había de ser, en aquel caso, el menos conveniente de todos, porque con él se asestaría á Rusia el golpe más torpe que darse pudiera, el golpe que la ofendería sin herirla.

IV

El 17 de abril fué una fecha notable para la cancillería rusa: en aquel día las potencias presentaron al gabinete de San Petersburgo sus amonestaciones relativas á la suerte de Polonia. Habían aquéllas desechado la forma de una reclamación colectiva; pero, para dar más fuerza á sus pensamientos comunes, decidieron que los despachos, aunque redactados separadamente, fuesen comunicados en la misma fecha al príncipe Gortschakoff. Este recibió primeramente el despacho de Francia, muy conciso, muy reservado y en el que los consejos estaban suavizados por toda clase de cortesías protestas; después el de Inglaterra, más extenso, más dogmático y sobre todo más agresivo, que invocaba los tratados de 1815; y, finalmente, el de Austria, que aducía en términos algo indecisos sus intereses en Galitzia y se limitaba á pedir que «las provincias polacas fuesen reintegradas en las condiciones de una paz duradera.» No terminó aquí el desfile de documentos, sino que también Italia y España y hasta los Estados de tercer orden habían redactado sus reclamaciones y unían sus notas á las del concierto europeo. Como se ve, la reprensión era completa y el canciller hubo de aguantarla hasta el final. La unanimidad habría sido casi absoluta, si no hubiese habido una abstención perfectamente prevista y en extremo tranquilizadora para Rusia. «El silencio es oro», dice un proverbio; en las orillas del Spree esta máxima había sido juzgada buena; y en realidad ningún silencio se vió nunca mejor recompensado.

Cuando los despachos anunciados y conocidos por las

entrevistas de los embajadores iban camino de San Petersburgo, Gortschakoff, algo emocionado desde un principio, había pensado en desarmar anticipadamente las reclamaciones de Europa. El 12 de abril, Alejandro había decretado, aunque con ciertas salvedades, una amnistía para todos los polacos que se sometieran antes del 12 de mayo; pero en el estado á que las cosas habían llegado, la opinión pública y los mismos gobiernos habían acogido con muy poco entusiasmo un edicto que en nada mejoraba el porvenir y que se limitaba á suspender los castigos. A pesar de este fracaso, el canciller se repuso prontamente de su turbación, y después de haber estudiado friamente el modo de ser de su soberano, consideró que no había motivo para rendirse á la tormenta. Francia estaba demasiado lejos para ser temible y Austria demasiado cerca para no ser circumspecta; en cuanto á Inglaterra, se concretaría á mostrarse descortés, y así lo había previamente anunciado. Por otra parte, si Gortschakoff hubiese tenido necesidad de que le alentaran, habríanle animado los sentimientos que se manifestaban en su propio país. El pueblo ruso preparaba su contramanifestación en respuesta á las manifestaciones de Europa, y ya en San Petersburgo, la Asamblea de la nobleza y la municipalidad habían invitado al gobierno, por medio de manifestos muy apasionados, á mantener la integridad del imperio. Muy pronto había de acentuarse este movimiento y enfrente de la nacionalidad polaca, obstinada en vivir, había de alzarse la nación moscovita, no menos ansiosa de absorberlo todo. Seguro por el lado de Rusia y por el de Europa, Gortschakoff escuchó las amonestaciones de los embajadores más bien exasperado que inquieto; y en esta disposición de ánimo preparó la refutación, resuelto á sostener el combate á pluma, puesto que con la pluma había que luchar, con la misma energía con que habría sostenido un combate á espada.

Su respuesta, formulada en 26 de abril, fué bastante amistosa para Francia y ligeramente desdeñosa para el Austria; en cambio, se desquitó ampliamente en su réplica á Inglaterra. El estilo cancelleresco es sumamente dúctil y sabe encerrar en pocas palabras muy corteses muchas lecciones en extremo impertinentes; en el despacho ruso se practicaba este arte con refinamiento. Russell había invocado los tratados de 1815, y Gortschakoff, con palabras irrefragablemente corteses, advertía al jefe del *Foreign-Office* que la primera condición para interpretar bien un tratado es leerlo, y que si en Londres se hubiesen tomado esta molestia, habrían visto que el acta de Viena había dejado al emperador Alejandro I en libertad de hacer respecto de Polonia «lo que estimase conveniente.» El hombre de Estado moscovita hablaba en términos muy atrevidos de la Constitución de 1815, tan ponderada por los ingleses, negando que fuese «la única *panacea* propia para calmar los males de Polonia.» «Lord Russell, añadía con cierto tono altanero, invita á Rusia, en su calidad de miembro de la sociedad europea, á cumplir los deberes de conveniencia para con los demás Estados... Rusia aprecia lo que su situación internacional le impone; pero difícilmente podría afirmarse que ha encontrado en este terreno una escrupulosa reciprocidad.» El mejor rasgo estaba reservado para el final: el canciller, después de haber recordado el deseo de las potencias